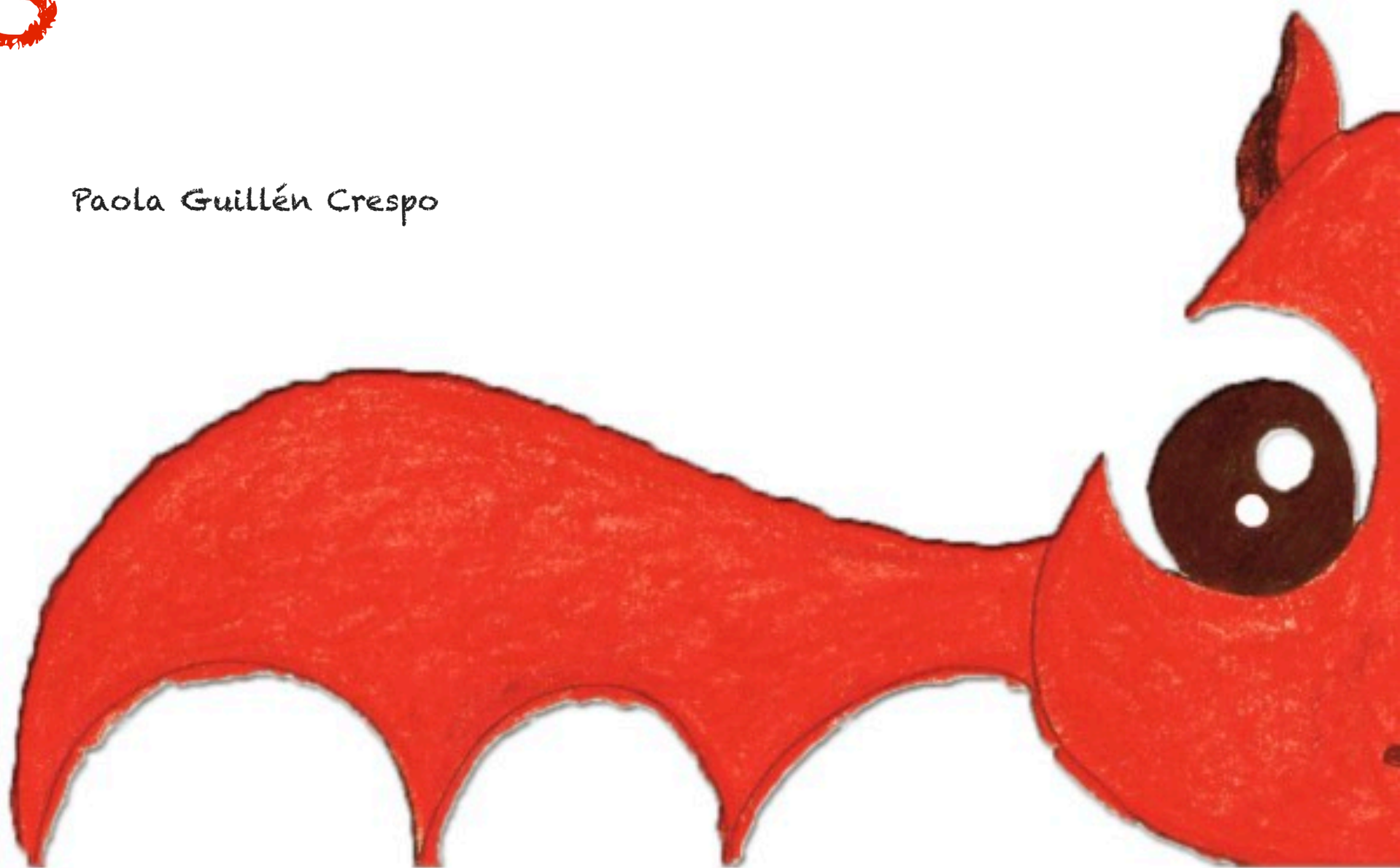
El murciélago rojo

Paola Guillén Crespo



Camila tenía un mejor amigo llamado Pipoca. Pipoca era un perro que todos querían tener, pero él ya había elegido a su mejor amiga.



Paseaban todos los días en busca de nuevas aventuras. Camila le decía a Pipoca que siempre lo cuidaría y Pipoca, con la cola, le respondía que él también haría lo mismo.

Un día, cuando ya casi era de noche y mientras Camila y Pipoca buscaban tesoros, en lo alto de un árbol divisaron de repente a un bicho raro.





Ante la presencia de los dos amigos, el animal abrió sorprendido sus brillantes ojos, desplegó de repente unas grandes alas y empezó a revolotear agitadamente por encima de ellos.

Camila dio un gran salto hacia atrás y asustada, casi se puso a llorar.

Pipoca, con su instinto protector, empezó a ladrar sin parar para alejar al murciélago.

El animalito rojo, aturdido por los ladridos, salió volando y sin parar se fue hasta un lugar muy, muuuuy lejano.





Camila agradeció a Pipoca por haber alejado a ese murciélago raro.

Ella tiene muchos amigos murciélagos que viven en el bosque pero nunca había visto un murciélago así, rojo y tan diferente a los otros.

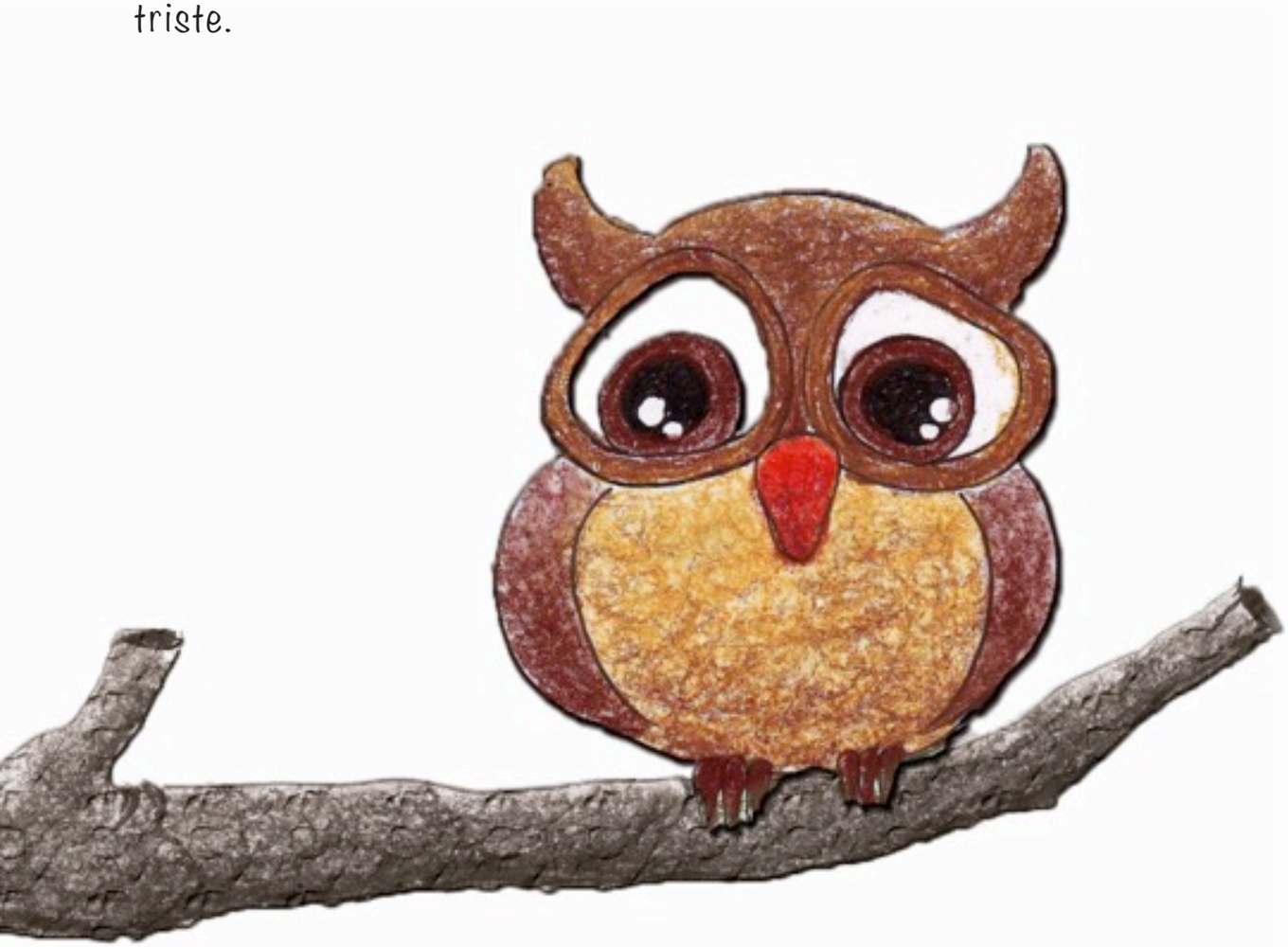
Tuvo mucho miedo.

Unos días después, mientras los dos amigos paseaban como de costumbre, se encontraron con su amigo el señor Búho.

Al señor Búho lo conocían desde hace mucho tiempo.

Estaban por contarle cómo habían logrado ahuyentar a un peligroso murciélago cuando se dieron cuenta de que algo le pasaba al señor Búho.

Él solía ser alegre y divertido pero justo ese día estaba muy, pero muy triste.



Camila le preguntó qué le pasaba y el señor Búho respondió que había perdido a su mejor amigo.

Un murciélago hermoso. El más bello y único que nadie jamás había visto.

Era de color rojo y si bien era un poco tímido, siempre tenía historias nuevas e interesantes que contar.



Una vez el murciélago le contó que voló tan alto que pudo tocar la luna y ésta le agradeció, pues a ella le gustaba que de cuando en cuando alguien la visitara y la invitara a tomar el té.

El murciélago rojo era simplemente extraordinario. Podía encontrar animales perdidos en el bosque y en medio de la noche pues tenía la capacidad de ver en la oscuridad y de escuchar a largas distancias.



El señor Búho no entendía muy bien por qué siempre estaba solo. Tenía muy pocos amigos.

El murciélago le había contado que muchos le temían pero no sabía explicar por qué se alejaban de él.

Pero con el señor Búho se sentía muy bien. Podía hablar sin miedo. Él lo escuchaba siempre con mucha atención.

Al señor Búho le parecía muy lindo tener un amigo así en su vida, alguien diferente, alguien de un color tan rojo.

Camila y Pipoca se miraron en silencio. Acababan de comprender lo que sin querer habían hecho unos días atrás.

No conocían al murciélago rojo como el señor Búho.

Solo reaccionaron como lo hicieron porque le tuvieron miedo, quizás por su color, quizás porque estaba muy oscuro o quizás porque simplemente a veces uno tiene miedo a lo que no conoce.

Esa noche Camila y Pipoca no pudieron dormir pensando en lo que les había contado el señor Búho.





Al día siguiente los dos estaban decididos a hacer algo al respecto ya que no querían que ni el señor Búho, ni el hermoso murciélago rojo estén tristes.

Decidieron entonces emprender una nueva aventura, pero esta vez para encontrar al murciélago rojo.

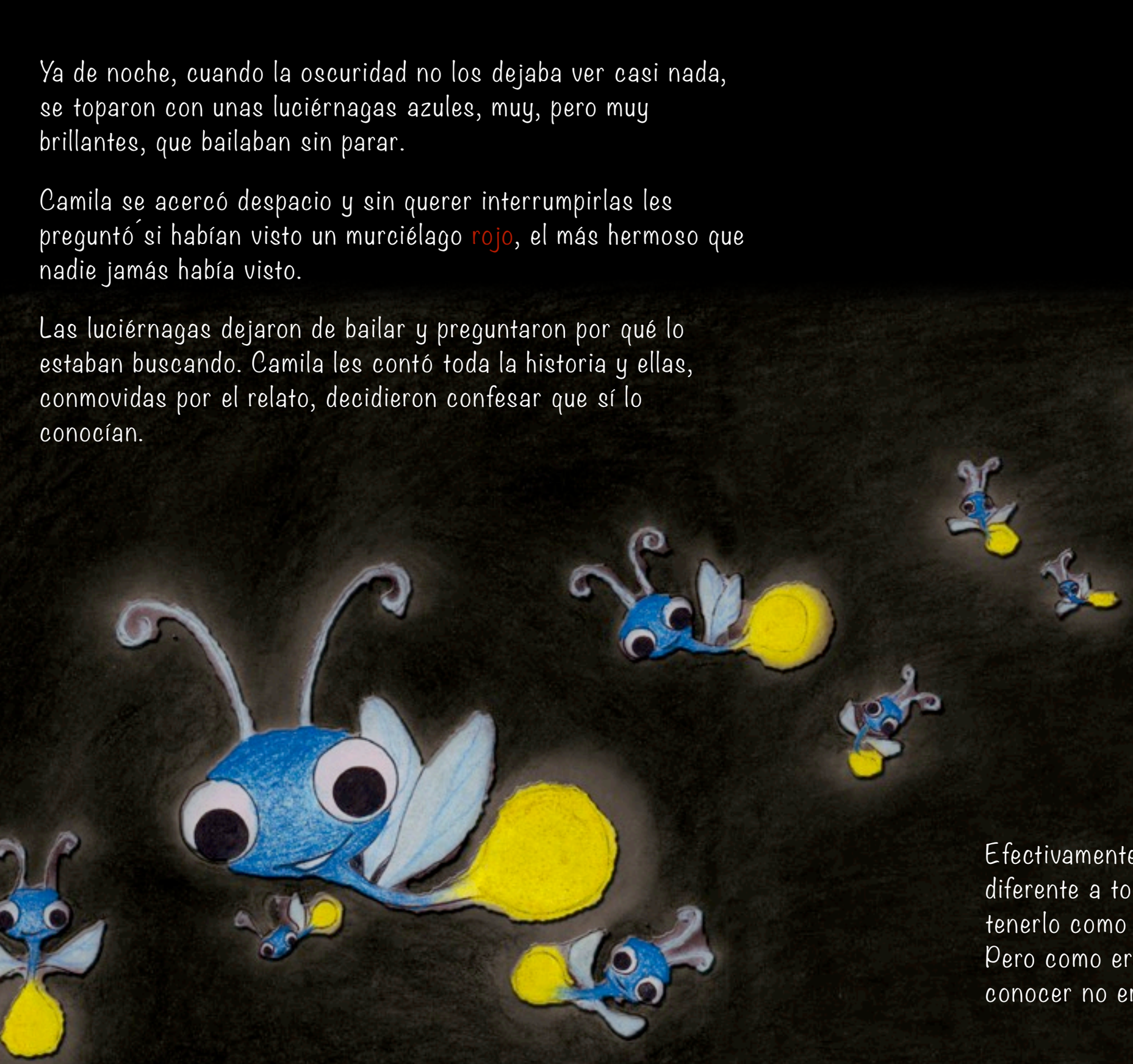
Buscaron y rebuscaron, en las cimas de las montañas y en los profundos valles, en los bosques chiquitos y grandes. Hasta se las arreglaron para llegar a la luna y preguntarle si lo había visto.

Pero todo fue en vano. No había ni rastros del murciélago rojo.

Ya de noche, cuando la oscuridad no los dejaba ver casi nada, se toparon con unas luciérnagas azules, muy, pero muy brillantes, que bailaban sin parar.

Camila se acercó despacio y sin querer interrumpirlas les preguntó si habían visto un murciélago rojo, el más hermoso que nadie jamás había visto.

Las luciérnagas dejaron de bailar y preguntaron por qué lo estaban buscando. Camila les contó toda la historia y ellas, conmovidas por el relato, decidieron confesar que sí lo conocían.



Efectivamente era un murciélago muy especial y diferente a todos. Una vez que lo conocías, tenerlo como amigo te traía una gran alegría. Pero como era tímido y calladito, llegarlo a conocer no era tarea fácil.

A la mañana siguiente fueron todos juntos a buscar al murciélago rojo que vivía ahora cerca de un gran lago, en un árbol muy alto y con hojas rojas. Cuando el murciélago los vio llegar se asustó mucho y quiso escapar, pero las luciérnagas lo detuvieron y le contaron todo.

El hermoso murciélago rojo, que no era rencoroso, comprendió finalmente por qué muchos le temían. Comprendió que no era simplemente por su color, si no porque muchas personas tienen miedo a lo que no conocen, miedo a lo diferente.





Entonces el hermoso murciélago rojo decidió volver junto al señor Búho, pues él era su mejor amigo y la pasaban muy bien juntos.

Prometió también a las luciérnagas que de vez en cuando volvería a visitarlas.



Camila y Pipoca, luego de tan larga y hermosa aventura y habiendo ganado un nuevo amigo, decidieron volver a casa.

Esa noche durmieron juntitos y con una gran sonrisa de satisfacción



Paola Guillén Crespo

Administradora de proyectos sociales.
Especialista en género, interculturalidad,
migración y proyectos educativos.



Para mis tres amores, Matías, Adrián et Sebas, quienes siguen inspirando cada nueva aventura..

Ilustraciones: Jenny Crespo Ureña y Paola Guillén Crespo
Diseño: Sebastián Mercado